

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

VI

Capítulo 174: Síndrome de Jade posparto

A medida que pasaban los días, los efectos negativos que trajo la guerra se desvanecieron gradualmente en la vida de Constantino. Todo parecía estar progresando en una dirección positiva, al menos para el Clan del Dragón Plateado.

Pero para León, la vida no había sufrido cambios significativos. En todo caso, la llegada de su pequeña hija lo dejó un poco más ocupado. Aparte de eso, todo seguía igual.



Hasta que se dio cuenta de que el humor de Rosvitha parecía ir empeorando día a día.

Inicialmente, fue ella quien propuso levantar la moral del Clan del Dragón Plateado, llegando incluso a organizar un banquete de hogueras para tal fin. Con sus esfuerzos y aliento, la gente del Clan del Dragón Plateado recuperó gradualmente el ánimo y las operaciones de todo el clan también comenzaron a normalizarse.

Sin embargo, Rosvitha, que había facilitado todo esto, parecía estar en desacuerdo con la atmósfera general.

León podía sentir que su desaliento y su tristeza no provenían de la presión del trabajo. Algo más parecía estar preocupándola.

En los últimos días, los problemas emocionales de Rosvitha habían empeorado. A veces, incluso evitaba intencionalmente a Leon, dejándolo desconcertado.

¿Dijo algo malo que la molestó? No debería ser así. Se entendían bien, conocían los límites del otro y si sentían que estaban cruzando una línea, se alejaban rápidamente.

Además, si realmente estuviera enojada, dada la personalidad de Rosvitha, resolvería el asunto en el momento o confrontaría a Leon al respecto. No se quedaría en la melancolía durante días como lo estaba haciendo ahora.

Después de muchas dudas, León decidió hablar con ella.

Por la noche, cuando aún quedaba algo de tiempo antes de la cena, Rosvitha terminó su trabajo del día y se sentó sola en el columpio del patio trasero.

El sol poniente proyectaba su sombra larga y esbelta, mientras su cabello plateado se mecía suavemente con la brisa de la tarde y su hermoso rostro se llenaba de tristeza.

El columpio se movía con una pequeña amplitud, las cadenas de hierro y la tabla de madera producían un suave crujido, no demasiado molesto.



Sus ojos plateados miraban al suelo y sus pensamientos se remontaban a un tiempo atrás.

“Tengo una petición para ti. Dentro de un año, no dejes que Leon regrese al Imperio”.

Esto fue lo que acordaron cuando conoció a Teg. Pero en ese entonces, Rosvitha ni siquiera había considerado dejar ir a Leon. Y mucho menos durante un año, incluso si fueran diez o cien años, mantendría a Leon a su lado, cautivo de por vida. Era su castigo para este humano arrogante que se atrevió a ofenderla.

Sin embargo, muchas cosas habían sucedido desde entonces y su relación con León había cambiado lentamente con el tiempo.

Tanto ella como León no tenían intención de usarse el uno al otro para entender sus respectivas razas porque un solo individuo nunca podría representar a todo el grupo. Sólo se centraron en entenderse mutuamente.

Y cuanto más tiempo pasaban juntos, más se alejaba la imagen de León en la mente de Rosvitha de lo que era inicialmente. En el pasado, ella solo lo veía como un enemigo, un sinvergüenza que se burlaría de ella incluso en las puertas de la muerte.

Pero a medida que sus hijas crecieron, a medida que ella atravesaba los diez meses de embarazo y a medida que nacía su último y precioso hijo, durante este proceso, las mejores cualidades de León también comenzaron a manifestarse.

Responsabilidad, integridad y coraje.

Entre todas las personas que Rosvitha había conocido, León ejemplificaba estos tres puntos mejor. No había duda de que era un padre excelente y, como pseudomarido, también era bastante competente.



Su amor era puro; cuando derramaba todo su amor en alguien, esa persona sin duda sería la más feliz del mundo.

Desde el principio, nunca menospreció a sus hijas por haber nacido de una herencia mixta entre él y su enemigo. En cambio, no escatimó esfuerzos en amarlas incondicionalmente.

Aunque la hija menor aún era demasiado joven para mencionarla, Noia y Muen estaban profundamente inmersos en el profundo amor de Leon.

Rosvitha podía sentir claramente la diferencia entre sus dos hijas y otros dragones jóvenes.

Disfrutaban más de la vida, la amaban más y tenían un concepto de "familia" mucho más fuerte que otros dragones jóvenes. Esta era una emoción que la mayoría de los dragones no podían poseer.

Rosvitha sabía que todo era gracias a Leon. Si fuera solo por ella, tal vez sus hijas todavía se referirían a ella torpemente como "Señora Madre" incluso ahora. Él había evolucionado hacía tiempo de ser un cautivo inicial a convertirse en parte de esta "familia".

Y después de la Batalla de Constantino, surgieron demasiados misterios uno tras otro, todos casualmente relacionados con el acuerdo del Maestro León.

Ella sentía vagamente que en el distante imperio humano, debía haber una guerra sin humo esperando a Leon.

Lógicamente, tenía que regresar allí para resolver estos misterios que habían surgido. Emocionalmente, las acciones de Teg también podrían requerir la cooperación y el apoyo de Leon.

Ahora, ha pasado un año desde que ella y Teg hicieron su acuerdo. Esta fue la razón de su melancolía durante los últimos días.

Aunque ya había tomado una decisión, todavía estaba sumida en una duda sin sentido.



¿Qué sentido tiene guardar silencio? ¿Cuánto tiempo puede la evasión intencional ocultar las cosas? Leon eventualmente lo descubriría y se iría de allí.

"Suspiro..."

Era difícil decir cuántas veces había suspirado hoy, cada una más pesada que la anterior.

"Crujido...crujido..."

De repente, su espalda fue empujada levemente y el columpio comenzó a balancearse. No necesitó darse vuelta para saber que era León con su mano ancha y ligeramente fría.

Había estado tan inmersa en sus recuerdos que no se dio cuenta cuando León apareció detrás de ella.

"¿Es divertido, Su Majestad?", preguntó León mientras continuaba empujando el columpio.

Rosvitha se aferró a las cadenas de hierro a ambos lados del columpio, su cabello plateado bailaba en el aire. Mantuvo la

mirada baja, sintiendo el ritmo de su cuerpo moviéndose hacia arriba y hacia abajo. Su voz era baja, "¿Por qué estás aquí?"

"He notado que no has estado de buen humor últimamente. ¿Pasa algo?"

"No."

Su respuesta fue algo fría. Era bien sabido que cuando las chicas decían que no estaban enojadas, no significaba necesariamente que no lo estuvieran. Hasta que explotaban de ira, esa ira era como un gato en una caja: no podías saber si estaba vivo o muerto hasta que abrías la caja.

—Vamos, háblame. ¿Es... depresión posparto?

"No, no tiene nada que ver con dar a luz".

"Oh... entonces se trata de mí, ¿no?"

Rosvitha cerró los ojos, a veces deseando que no fuera tan perceptivo.

Al ver que Rosvitha permanecía en silencio, León supo que había acertado.

Él sostuvo suavemente la espalda de Rosvitha, deteniendo lentamente el columpio, luego dio un paso alrededor para pararse frente a ella, con las manos entrelazadas frente a su pecho.

"Vamos, Su Majestad", dijo, "dígame, ¿qué hice para hacerla enojar?"

Rosvitha se sentó en el columpio y levantó la mirada. El sol poniente iluminó a León, proyectando un resplandor sobre el perfil de Rosvitha.

Se mantuvo erguido y alto, con la mirada más alta que la de Rosvitha. Los dos se miraron a los ojos y ninguno de los dos se inmutó.



Esta escena le recordó a Rosvitha cuando hacía tres años en el calabozo, León la había mirado así. Sólo que ahora, la fresca brisa de la tarde era mucho más cómoda que la humedad del calabozo.

Seguía siendo tan guapo y rudo como siempre y sus cicatrices exudaban un encanto masculino.

Rosvitha abrió la boca, pensando que debía aprovechar la oportunidad para contarle sobre el acuerdo de un año de Teg.

Pero justo cuando estaba a punto de hablar, la voz de Muen llegó de repente desde lejos.

—¡Mamá, papá, es hora de cenar! ¡Mi hermana mayor dijo que no nos quedáramos ahí o no los esperaríamos!

León giró la cabeza y respondió: "Dile a tu hermana que si sigue mirando a mamá y papá, ¡papá no le enseñará más magia!"

Tan pronto como terminó de hablar, Noia emergió de los arbustos junto a Muen, sosteniendo un pergamino en su mano y con la cola erguida. Ella le gritó a Leon: "¡Eso no está permitido, papá!"

León se rió entre dientes y luego redirigió su mirada hacia Rosvitha. "Vámonos, es hora de volver a cenar".

Traducido por:

๐๐๗๐ - RexScan

